

MUSICOS ORIENTALES

TRADUCIDO PARA «EL ARTE MUSICAL.»



Dervises danzantes.

¡Gran sueño de artistas y de poetas, aquel último extremo de tierra europea que se re-trata majestuosamente sobre el Bósforo y confunde sus planicies y sus collados con las tierras del Asia, gloriosas para las historias cristianas y ricas de una fascinación eterna, oriental!

Mezquitas y minaretes arrogantes, los escombros de una civilización agitada, donde tuvo su cuna, sepultadas por los monumentos de otra idea surgida de otras leyendas fastuosas. La media luna, emblema de un emperador dominador y triunfante, sustituye á la cruz del dulce Nazareno, pacificador de las turbas. La iglesia, transformada en mezquita; la casa del cristiano, convertida en el rico alojamiento del musulmán, manda desde las persianas medio cerradas la alegre charla de las mujeres.

Armonías de luces, de colores, esplendores de oro y de sedas; vertientes verdes degradantes hasta sobre el mar, para confundirse con las selvas de cuerdas y de antenas, testimonios de vida y de comercio. Auroras abrasadas, crepúsculos de oro, horas de quietud solemne en las aguas y en las colinas.

Y de cuando en cuando un griterío confuso de hombres armados, un aullar afanoso de voluntarios que corren á los picaderos coti-



Acordes orientales. Cuadro de Fausto Zonaro.

dianos, la voz alta y solemne del *muezzin* que llama á los fieles á la oración, el sumiso y misterioso cuchicheo de las mujeres que pasan, fantasmas velados, á despertar deseos,

y la gentil modulación de las cuerdas y de la zampoña.

La gentil y alada sonrisa de la música, á que ha llamado una poetisa un abanico de plata en las manos de un ángel, completa las armonías de colores y de poesía de aquella tierra encantada.

Todas las modulaciones, todos los concertos, desde el más patético hasta el más extraño, desde el más suave hasta el más retumbante.

El trino argentino de la bandurria que suspira el amor, el sonido de la trompa que canta himnos á la fuerza, el cuchicheo sumiso de las cuerdas en las séricas estancias del *harem* y el redoble de los tambores en las plazas.

No es música nutrida en obra de arte, no es creación de genio; tampoco son las concepciones caprichosas, que los músicos del pueblo recogen como voz del alma popular y modelan en toscos ritmos.

Nada hay de todo esto en la música de Oriente; solamente sones y armonías, pasadas tradicionalmente de generación en generación; concertos que parecen la plegaria de mil almas cristianas, modulaciones que el alma turca ha impreso de su carácter mecido en la inercia y en el ocio.

He aquí á la morena circasiana, que en la intimidad misteriosa del *harem*, desprendido el velo que la religión le impone para ocultar los lineamientos del rostro, arranca concertos á las cuerdas melodiosas de la bandurria.

Son trinos sonoros, tenues acordes que ella va buscando en las cuerdas, siguiendo un motivo conocido.

También á su señor, sediento de los halagos de los sentidos, ella prodiga la delicia de sus sonos, y acurrucada junto á la piel, sobre la cual él se extiende suavemente cerca del *narghilé* humeante, que esparce un olor acre, armoniosos en las estancias, ella entona sus acordes.

Un pintor orientalista, Zonaro, que las difíciles peripecias del arte y las más difíciles peripecias de un artista, ha sabido resolver con admirable audacia en Constantinopla, y que hoy da razón al turco para admirar en Italia á la tierra de los genios del arte, ha retratado una de estas morenas, bellísima, seductora, que languidece con poética gracia.

Es suyo también el gran cuadro *Bairam*, que reproduce una de las escenas más características del Oriente.

He aquí una fiesta popular, en la cual, hombres, jóvenes, viejos y niños, toman parte con entusiasmo, con aquella alegría desenfrenada que es propia de las turbas, abandonadas al júbilo.

Falta la embriaguez del vino á aquellos grupos gozosos; son el opio y el tabaco los que producen la embriaguez de los sentidos; la danza embriaga y aturde.

Ha cesado el sacro período del *Ramazan*, dedicado al silencio y al reposo, mientras esplende la luz del día; en los goces, en las preces y en los banquetes, en los misterios



Bairam. Cuadro de Fausto Zonaro de la noche.

La tambora daba la señal del reposo y las del júbilo; ahora entona las marchas que acompañan rítmicamente las danzas.

Las tiendas están extendidas donde quiera, en las plazas y en las explanadas; un pífano, una trompa y un tambor, marcan los pasos de la danza y las turbas bailan, ríen, dan vuelta sin descanso en la alegría gozosa de la fiesta.

Aun la religión que aumenta siempre sus fastos con la sonrisa de las artes y con las pompas de los aparatos, toma á la música voces sagradas.

He aquí á los árabes que van á la Meca á llevar al templo dones y ofrendas.

Giran por las calles tocando para que el pueblo arroje sobre su vehículo los dones que han de ser gratos á Alá.

He aquí reuniéndose de siete en siete días las turbas de los *Dervises* en el *Feké*, el templo desprovisto de imágenes, tapizado de paños negros de dibujos macabros, de trofeos de armas y de címbalos.

Secta macabra la suya, que impone las mayores mortificaciones físicas, los terribles martirios y las embriagueces enervantes.

Aullan y danzan en el *Feké*, mientras la gente atónita recogida los observa, admirada de su loco fanatismo. Los címbalos, las cítaras y los laudes, acompañan los aullidos y las danzas.

Son danzas terribles, vertiginosas, que se suceden horas tras horas, que cansan los



Dervis, tocador de cítara.



Dervises orando.

miembros y hacen que afluya la sangre á la cabeza.

Danzan con los brazos levantados en alto, girando sobre sí mismos, siguiendo el ritmo del pífano y la voz nasal del lector del Coran.

Los otros, los *hurleurs*, danzan empuñando las espadas, golpeándose la cabeza, el pecho y los brazos hasta que vierten gotas de sangre, hasta que sus sentidos rendidos, agotados por la embriaguez de los giros vertiginosos, las abandonan privados en el suelo.